

LA ESTRATEGIA ESOTÉRICA*: CONSIDERACIONES SOBRE ESTRATEGIA NUCLEAR

Aníbal Romero
(1986)

1. Introducción

«Quien se atreve a reflexionar hoy en día sobre la guerra y sobre la estrategia eleva una barrera entre su inteligencia y su humanidad».
Raymond Aron¹

El problema de la posibilidad política y las probables consecuencias prácticas de una devastadora guerra termonuclear resulta extremadamente complejo y hasta inimaginable en concreto aun para los expertos. Cualquier persona informada concibe la idea de una confrontación termonuclear con visos de catástrofe, y acepta con facilidad el ya muy popular esquema de la disuasión: la guerra nuclear sería un suicidio, y los arsenales de los superpoderes existen para evitar el enfrentamiento a través de una amenaza que no se materializa, y que —confiamos— jamás se materializará. Sin embargo, esta sabiduría convencional no pasa de ser un manto superficial que cubre realidades político-militares muy dinámicas, siempre en precario equilibrio, y perturbadoras para quien trate de someterlas a un análisis «racional».

* El título proviene de H. A. Kissinger, «The Esoteric Strategy. Principles of All-Out War», en su libro *Nuclear Weapons and Foreign Policy*. New York: W. W. Norton & Co., 1969, pp. 103-113.

¹ Raymond Aron, *Penser la guerre: Clausewitz*, vol. 2: «L'âge planétaire». Paris: Gallimard, 1976, p. 267.

Desde sus comienzos en la década de 1940, la estrategia nuclear ha tenido un aire esotérico, oscuro, misterioso. Según el diccionario, el calificativo «esotérico» es sinónimo de oculto, reservado: «Dícese de la doctrina que los filósofos de la Antigüedad no comunicaban sino a algunos de sus discípulos». Ese carácter esotérico tiene sus raíces en una profunda paradoja. Para comprender su naturaleza es necesario considerar el concepto tradicional de estrategia y sus transformaciones en la era nuclear. Según Clausewitz, la estrategia es el «arte» del «uso del combate para lograr el propósito de la guerra».² El estratega diseña el plan de guerra, planifica el curso de las diversas campañas que la componen y regula los encuentros armados del conflicto. Para Liddell Hart, por otra parte, la estrategia es «el arte de distribuir y aplicar medios militares para obtener los fines trazados por la política».³ De estas definiciones se saca muy en claro que la estrategia tiene que ver con el empleo de medios militares para servir a los objetivos establecidos por la política. Ahora bien, en la era nuclear, en vista del carácter cataclísmico que tendría una confrontación generalizada entre los superpoderes, la aspiración de supervivencia política impone un enorme autocontrol a las grandes potencias, que proclaman como propósito central evitar la guerra total. Por tanto, el papel de la estrategia nuclear, sometida necesariamente a la supremacía de esa política, no es «aplicar» los medios a su disposición, sino lo contrario: *no* aplicarlos, «utilizarlos» solo como amenaza que no debe jamás llevarse a cabo. En palabras de Brodie, la utilidad de las armas nucleares

² Carl von Clausewitz: *On War*. Princeton: Princeton University Press, 1976, p. 177.

³ B. H. Liddell Hart: *Strategy*. New York: The New American Library Inc., 1974, p. 321.

está en su «no uso»: «Objetos en descanso pueden hacer un excelente trabajo —si tales objetos son armas nucleares—. El trabajo, aunque enorme, puede también ser sutil, de tal forma que no se percibe. Por ello, la eficacia de los objetos en cuestión puede ser negada».⁴ La estrategia nuclear se fundamenta entonces en el principio de la «disuasión»: su fin es impedir la guerra, y no realizarla, pues, para citar de nuevo a Brodie: «... impedir la guerra a través de la disuasión es *la única* manera de detener el uso de armas nucleares».⁵ El riesgo del holocausto mantiene «en descanso» los arsenales termonucleares. Pero en esta estructura existen grietas. La historia demuestra con creces que los propósitos de una política racional no siempre se sobreponen al desarrollo imprevisible de los acontecimientos, al impacto de los conflictos, al choque muchas veces incontrolable de las fuerzas sociales en pugna. Y en el concepto de estrategia no solo está implícita la idea de sometimiento a la política, sino también la de *acción planificada* en caso de guerra. ¿Qué ocurre si la «disuasión» se quiebra, si se va a la guerra nuclear? Imaginemos a un estadista que solicita a sus asesores militares consejo acerca de los retos de una guerra nuclear, y a estos últimos que responden: «No se inquiete, señor presidente, o secretario general, esa guerra no va a estallar, todo ha sido dispuesto para evitarla». ¿No es acaso responsabilidad esencial del político preguntarse: ¿Y si a pesar de todo estalla? ¿No es acaso responsabilidad crucial de los estrategas proporcionar un plan, un curso de acción, un concepto de victoria, para afrontar esa posibilidad? He aquí la gran paradoja de la estrategia nuclear: es una estructura concebida para

⁴ Bernard Brodie, *War and Politics*. London: Cassell, 1974, p. 376.

⁵ *Ibid.*, p. 404.

abstenerse de actuar, no para la acción práctica; no es posible *comunicarla*, si por ello entendemos, en términos de la relación entre estrategia y política, la posibilidad de llevar a su concreción una teoría abstracta, de transmitir *al político* líneas de conducta para afrontar *la guerra*. Para decirlo en palabras de Morgenthau, el compromiso de los superpoderes de usar la fuerza en defensa de sus intereses se halla paralizado por el temor de tener que usarla, y la estrategia nuclear se empantana en su intento de ser un mecanismo construido no para hacer la guerra, sino para evitar las consecuencias predecibles de la guerra nuclear.⁶ El «esoterismo» de todo ello se acrecienta con cada avance tecnológico que hace más terrorífica y real la posibilidad del holocausto y coloca a los hombres ante instrumentos que escapan a su dominio.

Hace varios años decía en el epílogo a mi libro *Estrategia y política en la era nuclear* que:

En el actual período, luego de más de treinta años de investigaciones, arduos y complejos debates de naturaleza técnica y política, el pensamiento estratégico-nuclear parece haber llegado a un callejón sin salida, y de hecho experimenta el proceso de deterioro que se produce cuando planteamientos que han sido exhaustivamente analizados, y posiciones que han sido una y otra vez discutidas, resurgen nuevamente como si se tratase de problemas desconocidos, que generan las mismas tensiones del pasado y una incertidumbre conceptual carente de justificación.⁷

Estoy convencido de que en buena parte ese proceso de estancamiento tiene sus raíces en la paralizante paradoja que permea la estrategia nuclear. No obstante, debo ahora admitir que la situación

⁶ Hans Morgenthau, «The Four Paradoxes of Nuclear Strategy», *American Political Science Review*, 58, 1, 1964, p. 23.

⁷ A. Romero, *Estrategia y política en la era nuclear*. Madrid: Tecnos, 1979, p. 293.

ha venido cambiando, y es lógico que así sea, pues el reto de responder ante las actuales realidades político-militares es demasiado importante y no permite que la actividad intelectual de los estrategas y expertos en asuntos internacionales se mantenga inmóvil. En años recientes se ha dado un ímpetu inusitado a los intentos de afrontar las paradojas de la «estrategia esotérica», y de proporcionar una salida práctica a la pregunta: «¿Qué hacer si estalla una guerra nuclear?». Esta evolución del pensamiento estratégico que va del énfasis en «cómo evitar la guerra» a la discusión sobre «cómo hacerla y con base en qué idea de victoria» no es tal vez *deseable*, pero la considero hasta cierto punto inevitable, tanto como exigencia teórica, así como proposición práctica para el uso de estadistas acuciados por problemas muy graves y complejos, que no están dispuestos a moverse en un mundo «esotérico». En este ensayo me propongo dar cuenta de estos cambios, y profundizar mis investigaciones anteriores en dos direcciones fundamentales: a) El problema de la escalada y la elaboración de una «estrategia para hacer y ganar la guerra nuclear» (*war winning strategy*), en lugar de una «estrategia para evitarla» (*war-avoiding strategy*); b) Problemas de la definición de «victoria» en una guerra nuclear y de su terminación.

2. El concepto de estrategia y la guerra nuclear

Un libro editado en 1980 por un comité de ciudadanos japoneses dedicados a la noble, pero poco efectiva, causa del desarme, presenta en trágicas imágenes la historia de la gente de Hiroshima y Nagasaki durante las espantosas jornadas de agosto de 1945 en los días que siguieron al bombardeo atómico. El libro contiene 336 páginas de fotos

y reproducciones de cuadros, seleccionados entre 4.000 fotografías y 2.000 dibujos reunidos con ese propósito. La mayor parte de las fotos escogidas fueron tomadas durante las primeras semanas posteriores al bombardeo; los cuadros fueron pintados algunas horas después, o recientemente por sobrevivientes. Vale la pena citar en detalle una descripción de esas imágenes:

El extraordinario poder de la bomba se ve de manera impresionante en las fotos. Calles dejadas literalmente al ras, metales retorcidos del estadio de *baseball* de Mitsubishi, inmuebles aplastados y como inclinados de lado por la tempestad, puentes arrancados a más de un metro de sus cimientos, rieles de tren entremezclados, las tumbas diseminadas en los cementerios, etc. En este océano de escombros, ni un coche de bomberos, ni una ambulancia podía circular, ningún servicio de auxilio podía operar. 630.000 personas habían sido expuestas directamente a las bombas atómicas. La mayoría había muerto en las primeras horas. Las fotos muestran también los efectos de la radiación térmica. Sobre las casas han quedado literalmente impresas formas humanas. Las tejas de los techos aparecen reseca como hojas muertas, las piedras de los caminos fundidas. Pero lo más terrible es la serie de fotografías, algunas en colores, donde se ve a seres humanos cuya carne se desprende en jirones. Muchos sobrevivientes envidiaron sin duda a los que habían muerto. Los quemados, los heridos sufrían una sed intolerable. Se dirigían a los ríos; muchos se ahogaron en ellos. Otros erraban, perdida la razón. La mayoría murieron en una semana. Como ya casi no quedaban médicos, enfermeras ni medicamentos, sucumbieron en medio del sufrimiento más atroz. Y todo esto es la evidencia más cruel. Pocas personas son capaces de imaginar tanto horror. El sufrimiento más grande fue sin duda el padecido por aquellos que fueron sometidos a fuertes dosis de radiaciones. Después de haber vomitado sangre durante días [...] los desdichados murieron. Los que quedaron expuestos a radiaciones más débiles sangraron por las encías y la lengua. Perdieron los cabellos. Los más afectados presentan en las fotos rostros embrutecidos, como golpeados por el estupor. Rostros de hombres y mujeres que esperan la muerte como una liberación.⁸

⁸ Véase F. Barnaby, «Hiroshima y Nagasaki. Lo que vieron», *El Nacional*. Caracas, 17 de enero de 1980.

La bomba que explotó sobre Hiroshima la mañana del 6 de agosto de 1945 tenía un poder explosivo equivalente a 20.000 toneladas de TNT — explosivos convencionales—, es decir, 20 kilotones. De una población de aproximadamente 300.000 personas, 78.000 murieron casi de inmediato, otras 13.000 desaparecieron y se supone que se hallaban directamente bajo la bomba cuando esta detonó. 84.000 habitantes de la desafortunada ciudad quedaron gravemente heridos, y 124.000 en estado de *shock* o con heridas leves.⁹

En noviembre de 1952, científicos norteamericanos hicieron detonar por vez primera una bomba termonuclear, que desplegó una fuerza explosiva equivalente a 10 millones de toneladas de TNT —10 megatonnes—, es decir, centenares, miles de veces más poderosa que las bombas que calcinaron Hiroshima y Nagasaki. Un año más tarde, los soviéticos hicieron lo mismo. Actualmente, el arsenal nuclear —estratégico— de Estados Unidos se compone de alrededor de 9.500 explosivos nucleares, con un poder que asciende a unos 1.400 megatonnes. Por su parte, la URSS posee cerca de 6.400 explosivos nucleares colocados en misiles estratégicos situados en tierra o en submarinos, con un poder de aproximadamente 11.000 megatonnes.¹⁰ Si estas armas llegasen a utilizarse en forma masiva, la devastación sería inimaginable, y tal vez la humanidad se destruiría a sí misma. ¿Qué sentido

⁹ Véase C. Bruce Sibley, *Surviving Doomsday*. London: Shaw & Sons, 1977, p. 7.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 10-11.

tiene en estas condiciones hablar de una estrategia para hacer la guerra nuclear? Clausewitz decía que el propósito último de la estrategia es la paz, y la noción de «victoria» se reserva al terreno de la táctica. Así, podría afirmarse que la «estrategia de disuasión nuclear» logra el objetivo de una «paz armada». No obstante, el estratega tiene el deber de prever el mayor número posible de eventualidades, entre ellas, y de manera primordial, el cese de la paz y la iniciación de la guerra. ¿Y cómo utilizar los combates para lograr «fines políticos» en una guerra con tales armas? Esta es la paradoja a que hacía referencia; el dilema de una estrategia paralizante, que en una ocasión llevó a Bernard Brodie a afirmar que el poder destructivo de las armas nucleares había producido «el fin de la estrategia como hasta ahora la hemos conocido».¹¹

No obstante, a pesar de todo, el propio Brodie reconoce que «sabemos por la historia que si existiese suficiente tensión la guerra puede desatarse, aun cuando ninguno de los bandos la desee verdaderamente».¹² Antes de la carnicería desatada en la Primera Guerra Mundial, algunos pensadores sensatos, entre ellos Ivan Bloch, depositando su confianza en la racionalidad humana, afirmaron que en el nuevo contexto tecnológico, una guerra sería tan destructiva que nadie se atrevería, racionalmente, a hacerla. Sin embargo, Bloch matizó sus expectativas y dijo esto: «No puedo negar que es posible que las naciones se embistan en una serie de terribles catástrofes que resultarán probablemente en el derrumbe de la civilización y de todo tipo de orden [...] Pienso por eso que la guerra se ha hecho imposible, excepto al

¹¹ B. Brodie, «Strategy Hits a Dead End», *Harper's*, 211, October 1955, p. 37.

¹² B. Brodie, *Strategy in the Missile Age*. Princeton: Princeton University Press, 1971, p. 378.

precio del suicidio».¹³ Y hubo la guerra, con el suicidio político de tres imperios.

La guerra nuclear se presenta también como algo imposible, y el poder destructivo inherente a las armas nucleares lleva a muchos a concluir, como lo expresa Morgenthau, que «la racionalización de una guerra nuclear, no importa de qué forma se intente, es una tarea sin esperanza».¹⁴ Como consecuencia de la generalizada falta de credibilidad en cuanto al logro práctico de algún tipo de «victoria» significativa para cualquier bando en una guerra nuclear, la «estrategia de disuasión», basada en la certidumbre de aniquilación mutua en caso de guerra, se ha escogido explícitamente en Estados Unidos como la única solución aceptable para garantizar la «seguridad» de Occidente. La idea de «Destrucción Mutua Asegurada» (MAD), según la cual la amenaza de retaliación ante un ataque, fundamentada en la invulnerabilidad de las fuerzas estratégicas propias, paraliza las intenciones bélicas del enemigo y mantiene la «paz armada», sigue estando en la base del despliegue nuclear de los superpoderes. Sin embargo, desde hace años se viene criticando, desde diversos ángulos, una tesis o doctrina estratégica que, como su nombre lo indica, solo plantea como alternativa a esa precaria «paz» el suicidio colectivo. En efecto, MAD no ofrece opciones para contingencias distintas a la guerra total, y los estrategas profesionales, así como los líderes políticos, se sienten crecientemente perturbados por el agudo dilema «holocausto o humillación».

¹³ Citado por Brodie, *War and Politics*, *ob. cit.*, p. 417.

¹⁴ Hans J. Morgenthau, *art. cit.*, p. 25.

En sus *Memorias*, Kissinger lo explicó con gran claridad:

... la doctrina de destrucción asegurada implica [...] la estrategia más inhumana para conducir una guerra. Según este razonamiento, mientras más horribles sean las probables consecuencias de la guerra, la posibilidad de su desencadenamiento será menor; y viceversa, a medida que esas consecuencias sean más controlables habrá mayores riesgos de que la guerra se produzca [...] si el exterminio mutuo es el único camino, ningún bando utilizará armas nucleares. La pregunta: ¿Qué pasaría si los cálculos se mostrasen errados? queda en suspenso. ¿Cómo defender aliados en tales circunstancias? [...] El dilema nunca resuelto por esta doctrina es psicológico. Está bien que se amenace con el suicidio mutuo con propósitos disuasivos, en particular en caso de amenaza directa a la supervivencia nacional. Pero ningún presidente puede hacer creíble esa amenaza excepto a través de una diplomacia que sugiera un elevado grado de irracionalidad [...] Y si la disuasión se quiebra y el presidente se ve enfrentado a la decisión de represaliar, ¿quién asumiría la responsabilidad moral de recomendar una estrategia basada en la aniquilación masiva de civiles? [...] Llevada un paso más allá, la doctrina de destrucción asegurada conduce a la sorprendente conclusión de que la vulnerabilidad de nuestra población civil es algo *provechoso* que da seguridades a la Unión Soviética y garantiza su moderación en caso de crisis. Por primera vez una superpotencia considera ventajoso acrecentar su *propia* vulnerabilidad. MAD es una de esas teorías que suenan impresionantes en un seminario académico, pero son horriblemente ineficaces para un decisor político en el mundo real, y conducirían a la catástrofe de ser alguna vez implementadas.¹⁵

El carácter «irracional» de MAD como estrategia ha estimulado un esfuerzo teórico a la vez interesante e inconcluso, dirigido a abrir vías a algún tipo de «guerra nuclear limitada», que esquite, al menos en teoría, el dramático desafío de la confrontación generalizada. En palabras de Iklé:

¹⁵ H. A. Kissinger, *White House Years*. Boston: Little, Brown and Company, 1979, pp. 215-216.

Aprovechando nuevos desarrollos tecnológicos deberíamos ser capaces de escapar del maligno dilema de acuerdo con el cual las fuerzas estratégicas de ambos contendientes deben diseñarse para aniquilar millones de personas, pues de lo contrario se perdería toda confianza en el proceso de disuasión. La precisión de nuevas bombas y misiles y otras alternativas técnicas y el control sobre sus efectos pueden permitir que se eviten matanzas masivas, infligiendo, sin embargo, amplia devastación de objetivos militares, industriales y de transporte: los verdaderos músculos y tejidos del régimen que inicie la guerra.¹⁶

El problema con estas teorías es el mismo de MAD: sobre el papel lucen sólidas y factibles, lúcidas proposiciones para afrontar los complejos retos de la era nuclear; pero en la práctica política concreta se revelan endebles debido a que no son *controlables*: ¿cómo estar seguros de que una vez que se apriete el botón nuclear la intensidad de los intercambios podrá mantenerse a un determinado nivel, inferior al suicidio o la devastación generalizada? La incertidumbre en cuanto al control de los eventos hace aparecer las teorías sobre la guerra limitada opciones poco atractivas a la hora de las decisiones. Todo político relativamente sensato procura no tomar senderos que dejan una sola salida, y ese es el caso con los escenarios de conflicto termonuclear limitado: ¿Cómo destruir instalaciones militares, medios de transporte y centros industriales sin a la vez aniquilar decenas de millones de civiles?

MAD ha sido cuestionada en sus raíces, y a pesar de los puntos flacos de las «salidas» propuestas, continúa la búsqueda de una estrategia nuclear significativa. Y esa búsqueda se ha acentuado extraordinariamente en tiempos recientes, debido a la percepción cada

¹⁶ Fred Charles Iklé, «Can Nuclear Deterrence Last Out the Century?», *Foreign Affairs*, 51, 1972-1973, p. 282.

vez más clara en círculos de la «comunidad de defensa» norteamericana, de que «la Unión Soviética se aproxima a los problemas de seguridad nacional de una manera totalmente distinta a la que caracteriza los procesos de planificación de defensa occidentales».¹⁷ La cada vez más firme constatación de que la URSS, según una serie de indicios, sí posee una estrategia —al menos declarativamente— para *llevar a cabo y ganar* una guerra nuclear, ha acelerado los intentos de hallar una respuesta a los apremiantes desafíos de la «estrategia esotérica», a la vez que aumenta la inquietud de numerosos analistas y observadores en Estados Unidos y Europa occidental. ¿En qué consiste esa particular visión soviética de la guerra nuclear?, ¿qué credibilidad tiene y cuáles son sus implicaciones? ¿Tiene sentido plantearse la posibilidad de «victoria»?

3. ¿Es posible la victoria en una guerra nuclear?

Desde mediados de los años 1970, a nivel periodístico, así como en la literatura especializada sobre temas militares, se ha desarrollado una amplia discusión en torno al problema de la «victoria» en una guerra nuclear, que se desprende de una reconsideración de los fundamentos del pensamiento estratégico soviético por parte de Occidente. Solo como muestra citaré textos extraídos de dos diarios de gran prestigio, como son *The Times*, de Londres, y *Le Monde*, de París. En el primero, Lord Chalfont, uno de los más destacados comentaristas de defensa británicos, escribía en junio de 1980:

¹⁷ B. S. Lambeth, «Soviet Strategic Conduct and the Prospects for Stability», en *The Future of Strategic Deterrence*, pt. 2, *Adelphi Papers*, n.º 161, (IISS, London), Autumn 1980, p. 27.

Existe considerable evidencia que indica que los soviéticos, lejos de aceptar las restricciones de la disuasión mutua, están en proceso de adquirir las fuerzas estratégicas que les permitan llevar a cabo, sobrevivir y *ganar* una guerra nuclear [...] La evidencia está contenida en su aparente determinación de desarrollar los dos elementos básicos de esa capacidad para ganar una guerra: un arsenal de misiles «contrafuerzas» (que ponen en peligro las anteriormente «invulnerables» fuerzas retaliatorias del adversario), y un eficaz sistema de defensas activas y pasivas en contra de un ataque retaliatorio [protegiendo así a los «rehenes» de la disuasión: la población civil, AR].¹⁸

Por otra parte, Pierre Dabiez afirmaba en *Le Monde*, en diciembre de 1979, que la doctrina soviética contempla

... el empleo de armas nucleares si Moscú, sin quererlo, debe batirse. De conformidad con el marxismo-leninismo, que postula la estrecha relación entre política, estrategia y técnica, la guerra nuclear, de ser necesario, debe conducirse tanto a nivel estratégico como táctico hasta la «victoria» final [...] Los soviéticos sostienen que la disuasión es una invención capitalista a la cual sería errado adherirse.¹⁹

Lo que estos planteamientos revelan es una nueva percepción de las concepciones soviéticas sobre el problema de la guerra y la política, que pone de manifiesto algo muy importante: por muchos años, los analistas occidentales habían asumido que los soviéticos abordaban la estrategia nuclear desde el mismo ángulo que los norteamericanos, británicos o franceses. Este supuesto, sin embargo, perdía de vista la decisiva influencia ideológica del marxismo-leninismo en los círculos intelectuales de la URSS, incluyendo los centros de formación militar.

¹⁸ Lord Chalfont, «Facing up to the Dangerous Decade», *The Times*, 2-6-1980.

¹⁹ Pierre Dabiez, «¿S'armer pour négotier?», *Le Monde Diplomatique*, 19-12-1979.

Por mucho tiempo, el grueso de los analistas de defensa occidentales ha carecido de la sofisticación y la sensibilidad para plantearse la posibilidad de que dos sistemas políticos antagónicos puedan abordar de forma diferente un mismo problema, en este caso el de la guerra termonuclear. Se ha producido una típica situación de «etnocentrismo estratégico», de distorsión de las características peculiares de un adversario vistas a través de «nuestro» propio prisma, de incapacidad de discernir y aceptar que el contrario pueda pensar de manera diferente a la nuestra, de acuerdo con otros parámetros de «racionalidad».²⁰

La esencia del asunto está en que, según esta nueva perspectiva occidental, la imagen que en Estados Unidos y las otras potencias nucleares de Occidente se ha tenido sobre las consecuencias probables de una guerra nuclear ha restado toda credibilidad a la idea de una «victoria» significativa políticamente. Por el contrario, y de esto hay extensa evidencia en las publicaciones especializadas de la URSS *accesibles fuera de los canales reservados del régimen*, el sistema soviético se ha aferrado tenazmente a la creencia de que la guerra nuclear *no debe ser privada de significado estratégico*, es decir, de algún tipo de relación racional con los intereses supremos del Estado y su seguridad:

... el asunto fue debatido durante el período de Khrushchev [...] y el sistema decidió que tenía que creer en alguna forma de supervivencia y victoria. No hacerlo así equivaldría a aceptar que los más básicos procesos de la historia, en los cuales se fundamenta la ideología y legitimidad del sistema soviético,

²⁰ Sobre el problema del «etnocentrismo» aplicado a asuntos militares, véase Ken Booth, *Strategy and Ethnocentrism*. London: Croom Helm, 1979.

podrían alterarse debido a la tecnología creada por el hombre o a los caprichos de un oponente condenado por ese devenir histórico.²¹

La doctrina militar soviética se centra menos en la manipulación de las percepciones psicológicas del adversario en tiempo de paz que en la acumulación de los mecanismos y conceptos operacionales necesarios para asegurar *el empleo efectivo de las fuerzas soviéticas*, en caso de que llegue el momento decisivo del duelo estratégico. En palabras de Benjamin Lambeth: «Esto se reduce esencialmente a una idea de la disuasión que no se fundamenta en la aceptación de un pacto de suicidio mutuo, sino en la firme creencia en la plausibilidad de alcanzar una victoria reconocible como tal en caso de guerra nuclear».²² Como lo ha expresado un autorizado comentarista soviético: «... son profundamente erróneos y dañinos los desorientadores planteamientos de ideólogos burgueses según los cuales no puede haber bandos victoriosos en una guerra nuclear. Los pueblos del mundo acabarán con el imperialismo, causante de incalculables sufrimientos».²³ La doctrina militar soviética no distingue entre los conceptos de «defensa» y «disuasión nuclear» de la manera en que lo hacen con frecuencia los estrategas occidentales. La defensa de la Unión Soviética depende de su capacidad para repeler, o al menos absorber, cualquier ataque y luego pasar a la ofensiva hasta ganar la guerra. Por supuesto, los estrategas soviéticos confían en que los mecanismos de defensa de la URSS sean suficientes para persuadir de no atacar o contener a un agresor, que es la idea tradicional de

²¹ F. W. Ermarth, «Contrasts in American and Soviet Strategic Thought», *International Security*, 3, 2, 1978, p. 144.

²² B. S. Lambeth, *art. cit.*, p. 29.

²³ Major General A. Milovidov y Colonel V. Kodov, eds., *The Philosophical Heritage of VI Lenin and Problems of Contemporary War*. Moscow: Voenizdat, 1972, p. 24.

«disuasión», Pero hay una diferencia clave entre este concepto y la noción occidental de «disuasión nuclear», según la cual: «... si los elementos de la disuasión son utilizados, la disuasión habrá fallado», o, dicho de otra forma, «no existe alternativa al éxito continuo de la disuasión». Para los soviéticos, por el contrario, «si hay una guerra, sus defensas habrán fallado solo si sus fuerzas armadas son incapaces de recuperarse y alcanzar la victoria final».²⁴

En síntesis, los analistas estratégicos occidentales se han dado cuenta, aunque tardíamente, de que el liderazgo político-militar soviético, por razones históricas e ideológicas, toma muy en serio la posibilidad de una guerra con dimensión nuclear, y lo que es más importante: ha estado dispuesto a prepararse intelectual y materialmente para afrontar esa eventualidad con perspectivas favorables. Desde luego, tales preparativos no necesariamente permiten extraer las conclusiones extremas, cada día más en boga, que hacen ver que los soviéticos podrían tomar con cierta ligereza el riesgo de confrontación termonuclear. El propio secretario de Defensa de la administración Carter, Harold Brown, se sintió en la obligación de señalar, en una exposición del 20 de agosto de 1980, que los Estados Unidos «tiene una postura —en fuerzas y doctrina— que pone en claro ante los soviéticos y el mundo que cualquier noción de victoria en una guerra nuclear carece por completo de realismo».²⁵ Los soviéticos han tratado de salirle al paso a este tipo de interpretaciones, pero no siempre con la suficiente precisión para disipar dudas acerca de su

²⁴ Véase M. McGwire, «Soviet Military Doctrine. Contingency Planning and the Reality of World War», *Survival*, IISS, XXII, 3, 1980, p. 108.

²⁵ Véase *Survival*, XXII, 6, 1980, p. 269.

rechazo a la idea de «victoria». Por ejemplo, también en agosto de 1980, en una entrevista concedida al *International Herald Tribune*, el general Mijail Milshtein, importante jefe militar del Pacto de Varsovia, manifestó que: «Nuestra [URSS] doctrina entiende que las armas nucleares jamás deben ser usadas. No se trata de instrumentos para hacer la guerra en forma racional; no son armas con las cuales pueden obtenerse metas políticas. Pero desde luego, *si nos vemos forzados a usarlas* en respuesta al ataque de un agresor, *las usaremos con todas sus consecuencias* para castigarlo».²⁶ ¿Y cuáles serían esas «consecuencias»? ¿Podría hablarse de victoria? Estas interrogantes quedan sin respuesta precisa.

En un excelente estudio dedicado al tema que venimos tratando, el experto en doctrina militar soviética Raymond L. Garthoff sostiene que «Es incorrecto contraponer», como lo han hecho analistas occidentales, el interés soviético en una «capacidad de hacer y ganar la guerra» a su interés en la «disuasión mutua»; los soviéticos consideran que la capacidad de hacer la guerra proporciona el más confiable instrumento de disuasión, a la vez que sirve de salida de contingencia si a pesar de todo estalla la guerra.²⁷ Garthoff plantea que los líderes soviéticos creen que la coexistencia pacífica, que no excluye la competencia ideológica, el control de armamentos y la relajación de tensiones están en el interés de la URSS, y no así la guerra nuclear. No obstante, los soviéticos enfrentan un dilema doctrinal: los comunistas deben asumir, como lo prescribe el dogma marxista-leninista, que el

²⁶ *Ibid.*, p. 270.

²⁷ Raymond L. Garthoff, «Mutual Deterrence and Strategic Arms Limitation in Soviet Policy», *International Security*, 3, 1, 1978, p. 122.

socialismo está históricamente predestinado a sobrevivir y triunfar, aun si ocurre una catástrofe nuclear. Si este dogma es abiertamente desechado se erosionarían las bases de legitimidad del régimen. De allí que se produzcan esas afirmaciones, que tienen un contenido de naturaleza ideológico-propagandístico, sobre la «inevitabilidad» de la victoria socialista. Garthoff señala dos puntos muy interesantes: a) Para los soviéticos, pretender que la «ciencia militar» inspirada en el marxismo-leninismo no debe ni siquiera ocuparse de formular una estrategia, pues la guerra nuclear carece de sentido, es algo profundamente perturbador, y conduce de hecho a abandonar los esfuerzos para acrecentar la capacidad combativa de las fuerzas armadas y debilitar su voluntad de lucha; b) Asumir que la guerra nuclear significaría «el fin del mundo» no permite elaborar una estrategia ni dar una guía a una postura política coherente. Es decir, que, por razones teórico-filosóficas, es indispensable prepararse para la guerra y para lograr la victoria, y este es el único camino que garantiza la disuasión. Ello no significa, sin embargo, apunta Garthoff, que el liderazgo soviético quiera la guerra nuclear; en realidad, los soviéticos aceptan el balance estratégico entre Estados Unidos y la URSS, y «buscan estabilizar y mantener la disuasión mutua».²⁸ En resumen, según Garthoff, las «diferencias» entre las perspectivas soviéticas y norteamericanas en torno al problema de la guerra nuclear serían una cuestión de énfasis más bien que de sustancia, y estarían originadas, del lado soviético, en exigencias ideológicas propias de una cultura política «cerrada» y dogmática.

²⁸ *Ibid.*, p. 146.

A pesar de todas las explicaciones, queda sin respuesta la pregunta: ¿es posible hablar de victoria en una guerra nuclear? Hacia 1965, en la época de McNamara, el Pentágono definió «destrucción segura» como la capacidad para devastar un tercio de la población y dos tercios de la planta industrial soviéticas. Estas estimaciones fueron reducidas para 1968 a un cuarto de la población —unos 40 millones de personas— y la mitad de la planta industrial.²⁹ Estas son las cifras que para la época los decisores norteamericanos consideraban como la «amenaza mínima» para disuadir a los soviéticos de iniciar un ataque. Tomando en cuenta que en una guerra nuclear generalizada la destrucción sería seguramente aún mayor, ¿es acaso lógico suponer que para los decisores soviéticos tendría sentido pensar en una versión de «victoria» frente a semejantes circunstancias? Los estrategas estadounidenses así lo creen; y a medida que se deterioran las relaciones políticas entre las superpotencias, que prosigue la evolución adversa para Occidente del balance militar mundial, y que se entienden con mayor claridad aspectos antes un tanto descuidados por parte de los analistas occidentales de la visión soviética sobre la guerra, se acentúa el «rearme» intelectual norteamericano en función de cambios profundos en la postura estratégica actual.

El 25 de julio de 1980 el entonces presidente Carter firmó la «Directiva Presidencial n.º 59» (PD59), en la cual se ratificó el viraje doctrinal-estratégico hacia una postura más selectiva, que reduzca las rigideces de MAD. La tecnología existente proporciona mayores

²⁹ Véase H. A. Kissinger, *ob. cit.*, p. 215.

alternativas para escoger y atacar blancos con gran precisión, y ampliar así las opciones ofensivas. Ningún político sensato puede desear encerrarse en el dilema, si se rompe la disuasión, de desencadenar el holocausto o quedarse de brazos cruzados. La flexibilidad parece preferible, pero en una guerra nuclear el problema es la incertidumbre, las altísimas probabilidades de perder el control de los eventos. ¿Cómo romper entonces este círculo vicioso? Tal vez no sea posible, pero no por ello deja de tener validez lo expresado por Gray: «Cualesquiera sean las percepciones, creencias, y aun los instintos de un estadista previos al estallido de un conflicto bélico, en caso de guerra podemos estar seguros de que exigirá de sus estrategias un *plan realista para llevarla a cabo*».³⁰

Uno de los más reveladores testimonios del «viraje» que se viene produciendo en el pensamiento estratégico occidental hacia una postura más asertiva y precisa es el trabajo de Colin Gray: «Estrategia nuclear: hacia una teoría de la victoria». A mi modo de ver, este artículo tiene una importancia fundamental, comparable quizás a las contribuciones teóricas de Wohlstetter y Kissinger en los años 1950. Gray construye una sólida y a ratos intelectualmente fascinante argumentación en torno a dos ideas centrales: a) Es un deber esencial de la «comunidad de defensa» norteamericana diseñar una estrategia para la guerra nuclear que sea políticamente plausible: «A menos que se quiera aceptar la proposición de que la disuasión nuclear es solo un *bluff*, no pueden los responsables de nuestra estrategia evadir el requerimiento de diseñar opciones de acción nuclear que *un dirigente político razonable* pueda

³⁰ Colin S. Gray, «Nuclear Strategy: The Case for a Theory of Victory», *International Security*, 4, 1, 1979, p. 57.

utilizar en circunstancias críticas»;³¹ b) Una estrategia carece de sentido si no se fundamenta en una cierta definición de «victoria» propia y de *derrota* del adversario: «Si [...] no existen objetivos de guerra (es decir, si no se tiene una imagen de terminación favorable del conflicto, y de cómo se estructurará posteriormente el balance de poder), ¿sobre qué bases puede seleccionarse una doctrina de empleo nuclear, y cómo entonces escoger una postura estratégica determinada?». ³² Para Gray, el pensamiento estratégico oficial norteamericano no ha adoptado la idea de que es necesario tratar, en caso de guerra, de producir la derrota de la URSS; y en este sentido hay que tener claro que el liderazgo soviético no teme fundamentalmente la devastación y los daños, sino la *derrota*. La originalidad de la tesis de Gray está en su definición según la cual esa «derrota» significa la supresión del *Estado* (sistemas de dominación y control políticos) soviético:

La Unión Soviética, como la Rusia zarista, sabe que puede absorber un enorme castigo (pérdidas de vidas humanas, industrias, agricultura y extensos territorios), y sin embargo, recobrase y sostenerse hasta la victoria final, *siempre que los factores esenciales de funcionamiento del Estado permanezcan intactos*. Los elementos principales son la estructura de control político del altamente centralizado Partido Comunista soviético y de la burocracia gubernamental, los correajes de transmisión de comunicaciones del centro a las regiones, los instrumentos de coacción oficial (Fuerzas Armadas y KGB), y la reputación del *Estado* soviético ante sus ciudadanos. ³³

Para Gray, planificar la destrucción de centros poblados e instalaciones económicas debe ser parte de la estrategia nuclear, pero solo hasta el

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*, p. 62.

³³ *Ibid.*, p. 67.

punto, y con el propósito último, de afectar gravemente el funcionamiento del Estado soviético. La posibilidad de *recuperación* después de la guerra ha sido y es un ingrediente básico del concepto soviético de «victoria»; esa recuperación solo puede llevarse a cabo a través de una maquinaria central con capacidad y voluntad de dirección política; de allí que USA deba amenazar al Estado soviético como única estructura con los elementos que posibilitarán efectuar tal regeneración.

Gray no oculta las dificultades que implicaría hacer la guerra contra el Estado en lugar de la sociedad y economía soviéticas (¿cómo eliminar precisamente los mecanismos de control político y seguridad interna, que se supone son los más resguardados en la URSS?); no obstante, al menos de esa forma se establecería un *fin político* de la guerra carente de ambigüedades —la disolución del sistema político soviético—, relacionado con una imagen del mundo de posguerra que tendría teóricamente características positivas a ojos norteamericanos —y, tal vez, de la República Popular China—. La sustitución de MAD por alternativas «flexibles» y «selectivas» de carácter «contra fuerzas» —y no «contra ciudades»— solo tiene sentido y contribuye a una mayor solidez disuasiva en la medida en que la URSS discierna, tras esas opciones, «la habilidad y capacidad norteamericana de proseguir la guerra hasta el punto de la derrota política soviética». ³⁴ El Plan Operacional Único e Integrado de Estados Unidos en caso de guerra nuclear (SIOP) solo tendrá entonces sentido en tanto esté inspirado en un claro propósito de victoria política sobre la Unión Soviética; de lo

³⁴ *Ibid.*, p. 65.

contrario, sostiene finalmente el autor comentado, el gobierno norteamericano será totalmente incapaz de hacer una guerra termonuclear de manera medianamente «inteligente» y «racional».

Las ideas de Gray pueden parecer a primera vista, no solo peligrosas, sino hasta exageradas y «tremendistas»; sin embargo, no hay duda de que responden a una exigencia teórica profundamente enraizada en la naturaleza misma de la estrategia como disciplina intelectual y práctica a la vez. El hecho es que, en caso de estallar una guerra, posibilidad muy concreta en un sistema internacional como el que nos rige, un dirigente de un Estado, en este contexto un presidente norteamericano, requeriría planes realistas y operativos, planes que encierren una perspectiva de la guerra como un todo y una teoría acerca de la relación entre acciones militares y fines políticos. En sus elucubraciones Gray hace patente la angustiosa paradoja de la que he venido hablando: desde un punto de vista teórico, el intento de formular una definición de «victoria» —y derrota para el adversario—, y de crear planes operativos, es positivo para la estrategia nuclear; no obstante, en la práctica, todo lo que contribuye a restar solidez psicológica al proceso de disuasión basado en el terror mutuo, a hacer más «pensable» la guerra nuclear, puede considerarse negativo desde un punto de vista político. Al final queda vigente la pregunta: ¿Qué precio tendría una «victoria»? ¿Cómo impedir que el adversario desate una retaliación («venganza póstuma») aniquiladora de millones de seres?, en resumidas cuentas, ¿cómo terminar una guerra nuclear?

4. El problema de la terminación de la guerra nuclear

«Si se me pidiese señalar cuál es en mi opinión el mayor defecto en la planificación estratégica norteamericana, indicaría la ausencia de ideas coherentes sobre cómo, y bajo qué circunstancias, desearíamos terminar una guerra».

Herman Kahn³⁵

En un brillante análisis de la formación militar tradicional, que usualmente tiene un enfoque estrecho, «profesionalizado», del problema de la guerra; y no estimula la consideración del contexto más amplio de naturaleza política que condiciona el fenómeno bélico, Bernard Brodie afirma que el conocimiento relevante del oficial común (en Estados Unidos) sobre lo que se denomina eufemísticamente «guerra general»,

... es decir, guerra ilimitada en condiciones termonucleares, está confinado al manejo de las máquinas. Sería excelente que ese oficial pudiese decirnos si es posible, y de qué forma podemos ordenar nuestros esfuerzos militares en caso de guerra general para reducir el daño material que se nos inflija, e igualmente cómo dar fin de manera rápida al intercambio de golpes cósmicos antes de que todos se desencadenen, y así poner un límite a la destrucción.³⁶

³⁵ H. Kahn, *On Escalation: Metaphors and Scenarios*. New York: Hudson Institute, 1965, p. 201.

³⁶ B. Brodie, *War and Politics*, *ob. cit.*, p. 381.

Desde luego, Brodie sabe bien que nadie está en capacidad de hacer con precisión lo que pide; como máximo, se elaboran escenarios de combate termonuclear que, al menos en las versiones accesibles, dejan la sensación de algo inconcluso, irreal, «esotérico». Por ejemplo, en el «Documento sobre Defensa Nacional», presentado por el ministro de Defensa al Parlamento británico en 1954, se dice que:

En caso de guerra global, parece probable que se comience con un período de intensos ataques atómicos que duren relativamente poco tiempo, pero que produzcan graves daños. Si no se obtiene un resultado en estas primeras fases, las hostilidades declinarán en intensidad [...] y se abrirá un período de confrontación de adversarios semimutilados, con las «espaldas rotas», durante el cual tratarán de recuperar sus fuerzas, mientras prosiguen la lucha lo mejor que puedan.³⁷

El problema está en que nadie parece saber cómo planificar una guerra «con las espaldas rotas». Como lo expresa Brodie, «Hay especiales razones psicológicas por las cuales los planificadores oficiales siempre han encontrado muy difícil programar una guerra que se inicia con un desastre nacional». A pesar de que estas frases fueron escritas en 1959, preservan toda su validez, pues la dificultad intelectual y práctica de diseñar planes para una guerra nuclear de manera efectiva, con mecanismos ofensivos y *defensivos* apropiados, con una clara concepción de «victoria» y *razonables posibilidades de obtenerla*, es hoy en día mucho mayor que hace dos décadas.

El problema central está constituido por el peligro de escalada, es decir, el proceso mediante el cual los límites —políticos y militares—

³⁷ Citado por Brodie, *Strategy in the Missile Age*, ob. cit., p. 160.

iniciales de una guerra se cruzan y nuevos ámbitos se establecen, con mayores implicaciones. Según la imagen de la escalada como producto de la decisión racional de un actor específico, el proceso se presenta como el acto unilateral de individuos o instituciones, como una decisión independiente y consciente de llevar a cabo deliberadamente una determinada acción. Otra imagen presenta la escalada como un fenómeno natural de la guerra, un proceso que tiene su propia dinámica en parte independiente de los participantes, y que impulsa «naturalmente» a las guerras a expandirse. En otras palabras, la imagen del «actor racional» se basa en la idea de que la escalada es una posibilidad «neutral», sobre la cual puede o no decidirse; en cambio, la imagen del «fenómeno natural» entiende el proceso como una tendencia *siempre presente en la guerra*, que puede romper los controles racionales y de hecho siempre «empuja» en esa dirección.³⁸ Estas dos imágenes no son de ninguna manera antagónicas, sino complementarias, pues, como acertadamente lo advirtió Clausewitz, la guerra es una «trinidad» compuesta por una parte de violencia primordial, enemistad y odio, «las cuales deben verse hasta cierto punto como una fuerza ciega natural» —que tiende a romper todas las barreras y a bastarse a sí misma—. Por otra parte, la guerra tiene un elemento de chance, azar y probabilidad —que hace aún más difícil su absoluto control racional—. Por último, la guerra es también un instrumento de la política, lo que indica que normativamente debe estar sujeta a una razón superior que escapa a los solos dictados de la violencia.³⁹ La historia de la guerra

³⁸ Véase Richard Smoke, *War: Controlling Escalation*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1977, p. 21.

³⁹ Clausewitz, *ob. cit.*, p. 89.

ilustra, a veces en forma dramática, esta tensa y compleja interacción entre la violencia y la razón política, que hace de la guerra una de las actividades humanas con mayor contenido de incertidumbre.⁴⁰ En condiciones de confrontación termonuclear, debido a la intensidad de la destrucción y a la inexperiencia sobre sus efectos, las posibilidades de control seguramente se verían muy reducidas, y la fijación de claras metas de «victoria» se disiparía en el caos. En términos de Rapoport, una guerra nuclear sería lo menos parecido a una «guerra-juego» (*gamelike war*) y lo más similar a una «guerra-combate» (*fightlike war*). La distinción se basa en la medida en que consideraciones de tipo estratégico son decisivas, en lugar de meras reacciones reflejas o automáticas. Las estrategias, según Rapoport, son características de los juegos; en cambio, «un combate», en el sentido que doy a la palabra, no envuelve cálculos o consideraciones estratégicas. Cada adversario simplemente reacciona frente a los actos del contrario y los suyos propios. En principio, si conociésemos cómo y por qué ocurren esas reacciones, podríamos predecir todo el desarrollo del combate de acuerdo con la manera como comenzó.⁴¹ Esta distinción coincide con la división entre una perspectiva de la guerra como manipulación consciente y racional de opciones por «decisores» en posiciones de poder, y una segunda visión que concibe la guerra como función del comportamiento de masas y fuerzas impersonales, más allá del control individual.

⁴⁰ Puede verse sobre este punto mi trabajo: «El modelo de racionalidad y la decisión de ir a la guerra: Japón en 1941», *Argos*, 1, (USB, Caracas), 1980, pp. 51-81.

⁴¹ Anatol Rapoport, *Fights, Games, and Debates*. New York: Vail-Ballov Press, 1960, p. 10.

El casi inimaginable poder destructivo de las armas nucleares, el carácter «esotérico» de las teorías sobre su uso, la poca confiabilidad de los preparativos de «defensa» para la población civil, y la pérdida creciente de credibilidad —en particular en Occidente— en la capacidad de los líderes políticos para dirigir el Estado, hacen pensar que una guerra nuclear tendría el carácter de paroxismo incontrolable que Rapoport atribuye a los «combates». La experiencia de la Segunda Guerra Mundial demuestra con creces que los seres humanos somos capaces de morir en masa sin esperanza de victoria. En la Alemania nazi, especialmente después del colapso de las expectativas de triunfo basadas en «armas secretas», la población carecía de voluntad de victoria, y esta fue sustituida por una total apatía política y por el terror ante las consecuencias de la derrota. Con estos dos elementos, la apatía y el miedo, los alemanes continuaron, sin embargo, luchando hasta extremos totalmente inútiles. Este ciclo de acciones y reacciones casi automáticas, de temor, angustia, desesperación y apatía podría repetirse, aumentando en su impacto, en condiciones de guerra termonuclear. La razón política cedería entonces su lugar al imperio de la violencia desencadenada. No podría ya hablarse de victoria, ni tendría sentido, posiblemente, concebir una nueva estructura de paz.